



¿Puede amar un Dios impasible?

**Porqué un amor impasible no es
una contradicción para Dios**

Thomas G. Weinandy

Por qué un amor impasible no es una contradicción para Dios

Thomas G. Weinandy - 27 de marzo de 2019 - Volumen 9, Edición 1

Los primeros cristianos sostenían con certeza la creencia de que Dios es inmutable, es decir, que no cambia e igualmente, por lo tanto, que es impasible, que no sufre cambios emocionales de estado. En particular, que no sufre. Esta tradición teológica continua cambió dramáticamente hacia finales del siglo XIX. Muchos, si no la mayoría, teólogos cristianos comenzaron a sostener que Dios es pasible. Este cambio fue tan consumidor y sostenido con tanta seguridad que Ronald Goetz simplemente lo ha etiquetado como «la nueva ortodoxia». Esta comprensión de un Dios pasible continúa hoy en día, aunque en los últimos veinte años, muchos teólogos han retrocedido y han argumentado que tal comprensión no sólo es incompatible con la tradición cristiana, sino que también es contraria a la enseñanza bíblica.

Hay un número de razones por las que esta radical reconcepción de Dios vino a ser, pero aquí me enfocaré en una sola. Los teólogos argumentan que un Dios personal y amoroso no puede ser impasible, o que lo haría inerte, indiferente y apático. Si Dios nos ama de verdad, entonces debe regocijarse cuando nosotros nos regocijamos y sufrir cuando nosotros sufrimos. Él debe cambiar emocionalmente dentro de su relación personal de amor y vida con nosotros.

El Antiguo Testamento parece proporcionar una amplia prueba de que Dios, en su amor, no sólo es pasible, sino que también sufre. Dios se reveló a sí mismo como un Dios amoroso y compasivo que se ha comprometido libremente en la historia humana. Respondió al llanto de su pueblo esclavizado en Egipto y así los rescató. Además, Dios se reveló a sí mismo, especialmente en los profetas, como un Dios que se afligía por los pecados de su pueblo. Tan consternado estaba Dios por la dureza de su corazón que en realidad se enojó. Sin embargo, «¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión. No ejecutaré el ardor de mi ira, ni volveré para destruir a Efraín; porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti; y no entraré en la ciudad.» (Os. 11, 8-9). Así, Dios parece expresar toda una gama de cambios emocionales - compasión, ira, arrepentimiento, consternación, perdón y sufrimiento. Expresando el sentimiento de muchos, J. Moltmann escribe: «Si Dios fuera incapaz de sufrir en cualquier aspecto, y por lo tanto en un sentido absoluto, también sería incapaz de amar».

Tal argumento puede parecer, bíblica, intelectual y emocionalmente persuasivo. Sin embargo, creo que abrazar una noción pasible de Dios es totalmente erróneo - bíblica, filosófica y teológicamente. Inflige un caos total sobre todo el auténtico Evangelio cristiano.

La Inmanencia y Trascendencia de Dios

Es innegable que el Antiguo Testamento habla de Dios como si hubiera sufrido, en diferentes momentos y en diversas situaciones, cambios emocionales de estado. Sin embargo, creo que tales pasajes deben ser interpretados dentro de la revelación más profunda y amplia de quién es Dios. Aunque el Antiguo Testamento no aborda filosófica ni teológicamente el tema de la impasibilidad o pasibilidad de Dios, sí proporciona el contexto revelador desde el cual debe ser examinado. Este contexto consiste en discernir correctamente la noción bíblica de la trascendencia e inmanencia de Dios. Dentro del Antiguo Testamento, son precisamente las acciones inmanentes de Dios las que revelan el carácter de su trascendencia. Dios, al iniciar el pacto y actuar dentro de él, manifestó que

poseía al menos cuatro características fundamentales que lo distinguen como Dios.

Primero, él es el Dios Único. Cuanto más maduraba la unidad única de Dios dentro de la fe bíblica, más se diferenciaba Dios de todo lo demás – los muchos creados. Así, decir que Dios es uno no sólo especifica que hay numéricamente un solo Dios, sino también que, siendo uno, es distinto de todo lo demás. Su unidad habla de su trascendencia.

Segundo, Dios es el Salvador. Como Salvador, su voluntad y sus acciones no se ven frustradas por el poder mundano, o por las vicisitudes de la historia. Así, las mismas acciones inmanentes de Dios que manifestaron su relación salvífica con su pueblo identificaron igualmente su trascendencia única. Dios podía ser el poderoso Salvador sólo porque trasciende todas las fuerzas de este mundo.

Tercero, el Dios poderoso que salva es el Dios poderoso que crea. Como Creador, Dios está íntimamente relacionado y cuida de su buena creación, particularmente de su pueblo elegido, y sin embargo, como Creador, no es una de las cosas creadas, y por lo tanto es completamente distinto de todo lo demás que existe.

Cuarto, Dios es Todo-Santo. Dios santificó a los israelitas porque le fueron acordados en el pacto como el Dios Todopoderoso. La santidad de Dios lo distinguía (la raíz de la palabra semítica significa «cortar») de todo lo profano y pecaminoso. Aun cuando los israelitas se contaminaron pecaminosamente, Dios no fue contaminado. Más bien, porque Dios es trascendente («cortado») como el Santo, él podría restaurarlos a la santidad. Así, los actos inmanentes de Dios definen su naturaleza divina trascendente. Porque Dios trasciende todo el orden creado del tiempo y de la historia, sus acciones inmanentes en el tiempo y en la historia adquieren un significado singular. El que está en medio de su pueblo es «El Señor [que] es el Dios eterno, el Creador de los confines de la tierra. No se fatiga ni se cansa, su entendimiento es inescrutable» (Is 40, 28; véanse también los capítulos completos 40-45).

Desde este contexto bíblico de la actividad inmanente del Dios totalmente trascendente, se dice que Dios experimenta cambios emocionales de estado o incluso que cambia de opinión. Mientras que tales declaraciones están diciendo algo literalmente verdadero acerca de Dios, creo que no deben ser tomadas literalmente. Tales declaraciones desean informarnos que Dios es verdaderamente compasivo y perdonador. Él se aflige por el pecado y está enojado con su pueblo. Sin embargo, tales estados emocionales, en primer lugar, no se basan en un cambio en Dios sino en un cambio dentro de los otros involucrados. Dios se arrepiente de haber creado a los seres humanos (Génesis 6:6-7) o de haber nombrado a Saúl rey (1 Sam. 15:11, 35) porque se han vuelto pecadores. Cede de su enojo y amenaza con castigar a los ninivitas (Jon. 4:2) o a los israelitas porque se han arrepentido (Ex. 32:14). Tales reacciones o cambios anunciados por Dios expresan una verdad más profunda – la del amor y la justicia inmutables e inalterables de Dios como el otro trascendente.

De ello se deduce, en segundo lugar, que se dice que Dios «cambia de opinión» o que se le describe como sufriendo diferentes estados emocionales precisamente porque, como Dios trascendente, no cambia de opinión ni experimenta estados emocionales cambiantes. «Dios no es un ser humano para que mienta, o un mortal, para que cambie de opinión» (Núm. 23:9; también Sal. 110:4; 132:11; Ezequiel 24:14). El mismo lenguaje utilizado, como la compasión, el dolor, el sufrimiento, el enojo, el perdón y el ceder, busca expresar la naturaleza trascendente, inquebrantable e inalterable de Dios como el Único Dios Santísimo y que es Salvador y Creador. La afirmación de varios cambios emocionales de estado dentro de Dios no son declaraciones literales de su pasibilidad, sino que ilustran y verifican la verdad literal de que Dios, siendo trascendente, lejos de ser inconstante como lo son los hombres, es inalterable, dentro de todas las circunstancias variables, todo amoroso, todo bueno y todo santo.

El Dios de los primeros padres

Volvamos a los Padres de la Iglesia. Aunque a menudo se les acusa de transformar al Dios vivo, amoroso, compasivo y personal de la Biblia en el Dios estático, inerte, sin vida e impersonal de la filosofía griega, esto, en general, es descaradamente falso. Lo que los primeros Padres trajeron a la discusión filosófica de larga data sobre la naturaleza de Dios no fue principalmente su propia perspicacia filosófica, sino su fe en el Dios bíblico. De acuerdo con la revelación bíblica, a diferencia de las mitologías paganas, se preocupaban por mantener la total otredad del Dios único en relación con el orden creado. Acentuaron y aclararon, contra el platonismo y el aristotelismo, que Dios no sólo ordenó o puso en movimiento la materia preexistente, sino que, con su poder todopoderoso, creó todo de la nada – creatio ex nihilo. Dios ya no estaba en la cúspide de una jerarquía de seres, sino que su trascendencia, como Creador, lo colocaba radicalmente dentro de un orden ontológico propio. Como tal, él es el Dios personal perfectamente bueno y amoroso que existió eternamente en y de sí mismo.

Para acentuar estos atributos bíblicos positivos, los Padres anunciaron a un Dios con todo un conjunto de atributos negativos. Estos atributos negativos tenían un doble propósito. Principalmente se emplearon para distinguir a Dios del orden creado, pero al hacerlo también dieron más contenido noético a los atributos positivos. Por ejemplo, negativamente, Dios es inmutable en el sentido de que no cambia, como lo hacen los dioses y criaturas paganas, pero no cambia por razones positivas. La inmutabilidad de Dios afirma radicalmente e intensifica profundamente la perfección absoluta y la bondad absoluta de Dios, que como Creador es quien verdaderamente vive y existe. Debido a que Dios es inmutablemente perfecto, él es entonces el Dios eternamente viviente que es dinámico sin reservas en su bondad, amor y perfección.

Del mismo modo, mientras que el atributo divino de la impassibilidad nos dice principalmente lo que Dios no es, lo hace por razones totalmente positivas. Dios es impassible en el sentido de que no experimenta estados emocionales sucesivos y fluctuantes, ni el orden creado puede alterarle de tal manera que le haga sufrir cualquier modificación o pérdida. Tampoco es Dios la víctima de pasiones negativas y pecaminosas como lo son los seres humanos, como el miedo, la ansiedad y el temor, o la codicia, la lujuria y la ira injusta. Negar que Dios sea pasible es negar todas las pasiones que lo debilitarían o paralizarían como Dios. Casi todos los primeros Padres atribuyeron la impassibilidad a Dios para salvaguardar y realzar su amor totalmente apasionado y su bondad consumidora, es decir, el fervor divino y la determinación celosa con que persigue el bienestar de su apreciado pueblo.

El Amor Impasible de Dios

Tomás de Aquino trajo una nueva profundidad a esta comprensión bíblica y patrística de Dios y de por qué es inmutable y por tanto impassible. Las criaturas cambian constantemente porque actualizan continuamente su potencial, ya sea para el bien y así se vuelven más perfectas, o para el mal y así se vuelven menos perfectas. Dios no está en este esquema de acto/potencial de auto-actualización. Dios, argumentó Aquino, es «ser él mismo» (ipsum esse) o «acto puro» (actus purus), y por lo tanto no puede experimentar un cambio autoconstituyente por el cual se volvería más perfecto. Dos puntos pertinentes fluyen de esto.

En primer lugar, al ser «el ser mismo», Dios posee el potencial positivo para realizar actos que son singularmente suyos. Aunque no podemos comprender cómo Dios, como acto puro, actúa, el acto de

la creación de Dios es un acto por el cual los seres creados llegan a ser, y se relacionan con Dios como «ser puro». Así, el acto mismo de la creación que asegura la total otredad de Dios es el mismo acto que asegura la relación inmediata, íntima, dinámica y duradera de la creación con Dios como Dios es verdaderamente.

Segundo, como «el ser mismo», todo lo que pertenece a la naturaleza de Dios está en acto. Mientras que Dios y las rocas pueden ser inmutables e impasibles, lo son por razones de polos opuestos. Una roca es impassible porque, como objeto inerte e impersonal, carece de todo lo que pertenece al amor. Dios es impassible porque su amor está perfectamente en acción («Dios es amor»), y ningún otro acto autoconstituyente podría hacerlo más amoroso. Dios es absolutamente impassible porque es absolutamente apasionado en su amor.

Del mismo modo, la Trinidad es perfectamente amorosa, porque el Padre, en el perfecto amor inmutable del Espíritu Santo, ama a su Hijo engendrado, y el Hijo, en el perfecto amor inmutable del Espíritu Santo, ama a su Padre. Así las personas de la Trinidad son impassibles no porque estén desprovistas de pasión, sino porque están enteramente constituidas como lo que son en su apasionada y dinámica relación de amor plenamente actualizada. Las criaturas, tal como fueron creadas, se relacionan entonces inmediatamente con este misterio trinitario de amor y los seres humanos pueden, a través de la fe, permanecer realmente dentro de las relaciones trinitarias, siendo conformados por el Espíritu Santo a la semejanza del Hijo y convirtiéndose así en hijos del Padre amoroso.

Ahora nos podemos acercar al amor plenamente actualizado de Dios en relación con las circunstancias cambiantes de la vida humana.

El Dios de Amor y Compasión

Primero, debemos considerar la naturaleza del amor humano. Los seres humanos tienen que representar varios aspectos del amor dependiendo de la situación. A veces el amor requiere bondad o compasión, o misericordia o perdón. Otras veces exige corrección e incluso ira. Sin embargo, debido a que el amor de Dios está perfectamente en acto, todos los aspectos que pertenecen a ese amor están plenamente en acto. Dios no necesita, por lo tanto, de una manera secuencial, pasiva y siempre cambiante, realizar estas diversas facetas del amor de acuerdo con las situaciones humanas cambiantes. Dios siempre está en «acción».

Por ejemplo, cuando una persona se arrepiente del pecado, Dios no necesita cambiar la manera de su amor, de ser un amor amonestador a un amor perdonador. Si Dios necesitara, secuencialmente de una manera potencial/actual, adaptarse y readaptarse y readaptarse de nuevo a cada situación personal en cada instancia momentánea, estaría perpetuamente enredado en un interminable torbellino emocional interno. Correlativamente, los seres humanos son capaces de experimentar en la fe las diversas facetas del amor plenamente actualizado de Dios de acuerdo con su situación personal. En el pecado experimentan el amor de Dios como reprensión y amonestación. En el arrepentimiento experimentan el amor de Dios como compasión y perdón. Pero es el amor inmutable de Dios el que los mueve y ellos experimentan ese amor inmutable de varias maneras a medida que se mueven.

Más específicamente, la compasión de Dios es entonces subsumida y contenida dentro de su amor perfectamente actualizado, pero ahora, a diferencia de la compasión humana, está desprovista del sufrimiento que haría que su amor fuera menos que perfectamente actualizado. Dios es perfectamente compasivo no porque sufra con los que sufren, sino porque su amor abraza plena y

libremente a los que sufren. La ausencia de sufrimiento en Dios realmente libera a Dios de cualquier amor propio que lo movería a actuar para aliviar su propio sufrimiento. La ausencia de sufrimiento permite que el amor de Dios sea completamente altruista y benéfico. Lo que los seres humanos piden a gritos en su sufrimiento no es un Dios que sea pasible y que sufra, sino un Dios que ama total y completamente, algo que un Dios sufriente no podría hacer. El amor y no el sufrimiento es, en última instancia, el corazón de la compasión, porque el amor trae verdadera sanidad y consuelo.

Así que para Aquino, «la misericordia debe ser atribuida especialmente a Dios, como se ve en sus efectos, pero no como un afecto de pasión». La persona verdaderamente compasiva se esfuerza por disipar la causa del sufrimiento, y así la misericordia y la compasión de Dios se manifiestan más claramente en su poder divino y bondad perfecta a través de la cual supera el mal y el sufrimiento que éste causa.

El amor perfecto e inmutable del Padre se manifiesta en el envío de su Hijo al mundo. El amor perfecto e inmutable del Hijo se manifiesta en su hacerse hombre y morir en la cruz por nuestra salvación. Es importante destacar que es el sufrimiento humano del Hijo como hombre, y no en algún tipo de sufrimiento divino como Dios, lo que es salvífico. El Hijo de Dios encarnado experimenta nuestro sufrimiento humano, el sufrimiento causado por el pecado, y transforma su sufrimiento, en el amor perfecto del Espíritu Santo, en el único sacrificio perfecto de salvación - un sacrificio amoroso para su Padre desde el amor que nos tiene por nosotros.

En su amor y compasión eficaces, Jesucristo nos libera del sufrimiento del pecado y de la muerte, y en su resurrección, nos lleva a la vida nueva y eterna del Espíritu Santo. Sólo un Dios -Padre, Hijo y Espíritu Santo- que posee un amor tan perfecto e inmutable, podría realizar una salvación tan maravillosa. Un Dios pasible nunca podría hacerlo. Sólo un Dios impassible podría amarnos tan apasionada y firmemente en su amor perfecto e inmutable.

Thomas G. Weinandy

Thomas G. Weinandy (PhD, King's College, Universidad de Londres), OFM, Cap., Es miembro de la Comisión Teológica Internacional del Vaticano y autor de numerosos libros, como [¿Sufre Dios ?](#), [¿Cambia Dios ?](#), y [Jesús se convierte en Jesús : Una interpretación teológica de los evangelios sinópticos](#). Ha enseñado teología en varios colegios y universidades. De 1991 a 2004 fue tutor y profesor de Historia y Doctrina en la Universidad de Oxford. Más recientemente, enseñó en la Casa Dominicana de Estudios en Washington DC y en el Gregorianum en Roma. En la actualidad, se dedica a la escritura académica y habla en conferencias.

Fuente: <https://credomag.com/article/can-an-impassible-god-love-2/>